

JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ: EL SUEÑO DE LA CULTURA

por ALFREDO RODRÍGUEZ

Es el hombre más libre que conozco, y el poeta más joven. Estar con él es estar en una fiesta. Y leerlo un sueño lúcido mejor que los sueños del opio. El dragón siempre danza en sus palabras, indomable y hermoso. Cuando cumpla cien años, haremos la fiesta más memorable que vieron los siglos. Mi afecto, mi admiración, mi gratitud y el respeto hacia él no cesan de crecer. Que sea por muchos años más mi maestro y mi amigo.

FRANCISCO MIRANDA TERRER

I

VIDA DE UN POETA VERDADERO

Acepta tu destino como el precio de tu palabra. Escribe.

De ELOGIO DE LA EMBRIAGUEZ

Como decía Gil de Biedma, ser poeta es todavía un destino serio y terrible, no una profesión pintoresca y marginal, que uno fácilmente compagina con alguna actividad de ganapán. En ese sentido, el poeta José María Álvarez ha sido alguien que se ha negado sistemáticamente a vivir la vida de acuerdo con directrices sectarias, y ello a pesar del ambiente cada vez más opresivo de nuestra época. La suya, la verdadera vida, estaba al otro lado del espejo. Atrincherado entre la espesa vegetación de su villa cerca del Mar Menor —Villa Gracia, su casa, convertida desde los libros y el ensueño en escenario de viajes y aventuras—, cuando no está en su vieja maison del barrio Latino de París o dando largos paseos por los bulevares, entre pilas de libros, discos de jazz antiguo y de Ópera, y retratos de escritores y de rostros amados, aún se le puede escuchar decir: «Sólo me interesa la gente que ama la literatura, la música, el arte, vivir gozosamente y con elegancia». Empecemos, pues, desde ahí, con estas hojas de ruta sobre la persona y la obra de José María Álvarez.

Este poeta hace suya la escritura como memoria cultural —memoria vital y estética—, con esa voluntad integradora y selectiva de la literatura, en la escala sutil de la belleza. Álvarez se instala en los hitos literarios para volcar en ellos su propia memoria personal en busca de una totalización poética. Es la visión deslumbrada ante el mundo. Porque además, damas bellísimas, ruinas desoladas, noches de Venecia, de Roma o Estambul... desfilan por sus poemas. Hay en Álvarez, siempre, una elección, desde un plano de nobleza, de altura. Los motivos, las pasiones, alusiones, objetos y criaturas de su obra, están marcadas por su sello poético, por su ademán ennoblecedor. La fuerte pasión que como poeta experimenta le lleva a iluminar sus creaciones y, en general toda la realidad, de un esplendor y belleza que las vivifica y exalta. Es esa capacidad de sugestión su poder para descubrirnos y para hacernos descubrir mundos propios y ajenos.

Llama la atención la sorprendente universalidad lograda por su obra y la gran cantidad de lectores apasionados de que goza en los más lejanos países. Escritor y viajero, con gran nostalgia de mares, ciudades, naciones, o puertos lejanos, nacido junto al mar Mediterráneo, lleva dentro de sí, un marino aventurero, y ese mar que por antonomasia recorre y estimula su inspiración es el mar de Ulises, ese mar por el que —como él dice— nos llegó todo lo que somos, nos hizo y nos formó. Sin romper nunca con las raíces sureñas, por las que asciende a sus versos una sensualidad desbordada, ha querido ser desde el principio, como hombre, un trotamundos, y como poeta, un ciudadano de la universal historia del arte y de las letras.

Dice su amigo el poeta Francisco Brines que «José María Álvarez ha elegido construir, hasta donde pueda, su propio destino, y éste, por su índole, es doblemente arriesgado. Nos encontramos ante alguien que cree, firmemente, que el hombre alcanza su más alta realización en el desarrollo de su capacidad creadora, y ésta la dirige tanto a la creación de una obra literaria como a su propia biografía. Estamos ante uno de esos autores a los que si les importa el arte es porque les importa la vida, ya que aquél no es sino la manifestación suprema con que ella se nos presenta, y en el caso de este poeta se cree también que la vida merecería manifestarse siempre como arte. Alguien que ama más la vida que la eternidad, ya que a aquélla la necesita y a ésta la desconoce. Tiene muy claro lo que ama y por qué lo ama. Sabe muy bien el placer que le debe a la carne, no sólo en el contacto esplendoroso con otra carne deseada, sino en el goce que recibe de la realidad a través de todos sus sentidos. Mas también sabe que no es menor la intensidad que el conocimiento espiritual, el trato cotidiano con el universo de la cultura, puede deparar a esos mismos sentimientos corporales. Esta poesía es un persistente canto de amor que celebra la vida, y nos lo comunica para que lo compartamos. Obra, a través de esos poemas, la seducción del poeta sabio que, ingresado en la madurez sosegada de la edad, conserva íntegra la capacidad de entusiasmo. O lo que es lo mismo, el esplendor de la juventud».

Álvarez ha sido durante muchos años un «condenado al silencio» por la crítica —la tradicionalmente próspera crítica española de poesía, que tantas muestras ha dado durante los últimos años de no enterarse dónde se encontraban las más interesantes propuestas—, pero hoy una serie de acólitos lo adoran como al nuevo Baudelaire de la lírica hispana, y la relevancia de su obra se enriquece cada día. Su obra poética se singulariza hasta extremos de excepción, al tiempo que se agiganta al cabo de los años, y parece no tener fin. Álvarez es como un soldado de una trinchera, no descansa nunca de su dedicación a la literatura. Quien le conoció supo de su carisma, de su absoluta independencia al respecto de cualquier poder establecido, de su elegancia. Toda su obra quiere demostrar que la literatura no es un trabajo más, sino un destino. La luz de la inteligencia se despliega, como también la belleza del alcohol, en una brillantez de escritura. Luego está su dominio del lenguaje, de la sintaxis del poema, y esa actitud de leer en los usos rituales el signo del destino de Occidente. Con toda evidencia el poeta logra la trascendentalización de su discurso. Álvarez es un hijo de este siglo que establece la mejor metáfora de destino de nuestra cultura: el empeño en una cierta forma de vivir o de encarar la vida, muy poco convencional, muy literaria también, una épica extraña, a contrapelo, que siempre resulta muy atractiva. Como también era atractivo y estimulante su elogio de la inteligencia, de la belleza, de la cultura, de los viajes, los libros, la música, el cinematógrafo, del refinamiento, del individualismo, de la libertad, de la amistad, de la conversación, del cultivo de ese sentimiento de la *virtus*, del exceso y la medida, del héroe y de la derrota, de una vida de plenitud ciertamente envidiable. Un espíritu harto libre. Siempre políticamente incorrecto, el erotismo como formulación privilegiada del deseo se extrema hasta la provocación en una vieja entrevista al responder a la pregunta de Fernando Sánchez Dragó sobre su definición de la poesía: «Un coño donde humedecer los labios», dice el poeta.

Las eternas preocupaciones de la poesía son las que siempre han ocupado a José María Álvarez. A través de la Cultura, que no del *culturalismo*, llega la única verdadera

posibilidad de redención: la fascinación por la Belleza. La obra de este poeta es una desazonada persecución de esa única Reina. Álvarez es una tradición convertida en respiración moderna. Escritor total en prosa y en poesía, la suya es la lección de quien halló su propia ruta entre los libros, convertidos en lectura trascendida y hecha cuerpo de vida. Pocos poetas tan coherentes, tan fieles a su propia poética. Por eso sus planteamientos éticos son tan firmes, tan duros y tan irrenunciables.

Se hace preciso hablar del entusiasmo por cuanto late en la vida y en el arte de este poeta auténtico de himno y de hondura. Su profundo vitalismo. El mismo con el que nos dice: «Yo me voy a Venecia a tomar una copa, pero no a recrear el fasto perdido, porque no tiene ningún sentido. Probablemente por la imposibilidad de la recreación de este esplendor y porque lo que realmente me interesa en un poema es que exprimiéndolo salga Dante y Homero y Virgilio y al mismo tiempo rezume gasolina y máquinas y la locura de este siglo». Es la asimilación de la cultura y su incorporación al ámbito de lo cotidiano. A lo irremediable de la fugacidad, Álvarez opone su brindis por la Vida y la Cultura, y canta con la sabiduría del escéptico.

La voz de José María Álvarez es reconocible entre todas las de los poetas españoles, sin embargo su escritura tiene una mayor maestría que su deseo insaciable y que su ser ligado a la desmesura. Su poesía se ha ido configurando a lo largo de sus libros de poemas como un personalísimo canto de exaltación de la vida y los placeres, como un himno celebratorio. Pero Álvarez es, por demás, ensayista fino, entregado e incansable diarista, novelista ocasional y brillantísimo conferenciante. Así habría podido quedar como el hombre de una única obra inmensa, pero ha abordado otros géneros aparte de la poesía: la novela, la biografía histórica, la autobiografía, el ensayo literario o histórico. Siempre en su vieja máquina IBM de bola, porque asegura que es incapaz de leer en pantalla, que necesita sentir el papel, corregir los versos escribiéndolos de nuevo, recortándolos y pegándolos con *fixo*, para luego reimprimir la hoja y volver a la carga. Se deshace de los borradores de sus poemas para que nadie pueda traicionarlo luego sacando los desechos como si fueran hallazgos. Y cómo echa de menos las noches de alcohol y conversación hasta el alba, la farra, que dice que era fermento de muchísimas ideas, que iban diluyéndose hasta destilar en una. Se queja de que los colegas se han vuelto funcionarios, que llevan una vida demasiado ordenada. Él en cambio permanece fiel a su imagen leonada, la barba y la melena blanca, el traje, la corbata, con aire lejano y distinguido en sus ojos azules, como el primer humo de su pitillera, y esa voz cavernosa e inquietante con la que lee sus poemas. Sus ojos de chiquillo travieso, dispuestos al guiño y la sonrisa, relampaguean con un brillo especial cuando se adentra en sus temas favoritos. Su porte señorial, y en seguida la voz, grave y poderosa, como si viniera desde los pozos de la Historia.

Uno sentía, cuando estábamos con él, que estábamos con un hombre sabio. Creo que he aprendido muchísimo de él, y es, sin duda, una persona hacia la que siento admiración intelectual y afecto. Lo he leído mucho durante años —y lo sigo leyendo—, y no puedo entenderme sin recordar la emoción de las primeras lecturas de sus poemas. Porque Álvarez era otra cosa. La poesía de la Poesía. Eso era Álvarez. Con él la literatura era una pasión a la que valía la pena dedicarle la vida. Alguien que parecía ser muy antiguo, con muchos siglos de literatura a cuestas. Él estaba viviendo en una época en que todo lo valioso era lo último de su especie. Por eso se hacía necesario aprender de los maestros como él. Aprender de ellos sí, pero no para imitarles sino para lanzarse a la aventura de ser uno mismo, como dice Salvador Pániker. Así, si a menudo cita a otros autores, vivos o muertos, no es por pedantería sino por tenderles la mano, por una voluntad de recapitulación, por recoger la antorcha, por gana de insertar un hilo más en el tejido de la cultura. Y porque en literatura todo es intertextualidad y polifonía.

Escritor vigoroso, descreído de casi todo y polemista vitriólico, epicúreo, hedonista..., Álvarez era alguien que sin mayores filosofías sacaba de la vida el mejor partido posible. Un animal literario en estado puro. La leyenda que lleva a su espalda es el precio que ha

pagado por ir en dirección contraria y por vivir como le ha dado la gana. Y su obra, páginas donde brilla el espíritu de independencia, la celebración de la vida, el espíritu libre, la voluntad de ser sincero con uno mismo. Porque ha sido siempre un hombre libre e inaprensible, alguien que desprecia profundamente el gregarismo de las masas. Y esto nunca se lo perdonaron. Es la suya una obra que transmite un intenso espíritu de libertad personal, de andadura independiente. Álvarez tiene nostalgia de mundos especialmente refinados, muertos o condenados a la desaparición bajo los efectos de la barbarie de esta época. Este hombre resultaba, cómo no, atractivo: lector insaciable, creativo, libre, que ha alcanzado un cierto estado de paz consigo mismo o cuando menos una tregua, que está un poco al margen de todo, de su tiempo, en otra parte; al margen, sobre todo, de los arrabales de la literatura, de los embrollos y las desavenencias personales, más preocupado en su privada búsqueda de lograr una secreta excelencia personal, ese íntimo paisaje interior hecho de espacios más habitables que ningún otro. Un envidiable modelo de vida. Y el gozo de nuestras horas de lectura de su obra está en el origen de esta pasión nuestra. Porque este poeta, autor de una vida que ha pretendido ser una obra de arte, ha entregado su vida a la poesía, y así mira con gusto en sus versos hacia un romántico pasado, cuando hombres y mujeres eran admirables, casi como dioses. Vive atrapado por el romance del pasado, molesto por la imagen cínica del presente.

Josep Oliver nos dice que Álvarez tiene ese don de entusiasmar a quien lo lee. Sea con su poesía, con esa celebración de la vida, del arte, o hablando de otros autores y de su devoción por ellos, uno se siente impelido a seguirle. La literatura, la memoria, el placer, pero sobre todo el Arte (la vía de trascendencia del poeta, la mejor expresión del Ser) son los ejes principales sobre los que girará toda su obra. Y para José María Álvarez el Arte es la salvación. En primer lugar, porque es la única obra del hombre (en sus múltiples facetas) que le hace participar de la eternidad, al proyectar en el tiempo el pensamiento, la obra de autores que, de otro modo, hubiéramos olvidado. Segundo, porque el Arte es el placer más intenso del ser humano (de una inteligencia educada). Tercero, porque el Arte es una faceta inseparable de la vida, no puede desligarse en su caso el uno de la otra. No puede concebirse una existencia si no es unida al arte, a la dicha de la contemplación, a la interacción con ese arte como una forma de autoconocimiento y conocimiento del mundo. La percepción de Álvarez de la figura del poeta es de clara filiación romántica: el poeta es un ser superior por cuanto puede modelar la realidad, es un dador de la belleza a los demás. Al ser el poeta un ser de extremada sensibilidad, que sabe apreciar la poesía que le rodea en un mundo terriblemente antipoético, es un ser único, elegido. Y la naturaleza de esa contemplación es comentada por el mismo autor en sus *Memorias*, *Los decorados del olvido*: «Lo importante es comprender esa belleza, amarla. Como si estuviera ahí —en realidad es lo mismo que el Arte— para descansar de la vida, para que esa contemplación, en esa contemplación, lo que somos descansen». En su obra la llamada de la Belleza como ideal de devoción es absoluta. La Belleza, además, y el triunfo de la carne, es una victoria ante la muerte, aunque sólo sea temporal, es una reafirmación de la Vida. Todo se reduce entonces, a aceptar la dicha de esa vida. Y la vida, para Álvarez, es literatura. Y la literatura, a su vez, es parte indisoluble de la vida, de forma que no se entiende una sin la otra.

Con un lenguaje emocional y deslumbrante, y apostando siempre por una idea de la poesía como excelencia, Álvarez encuentra en la cultura una defensa frente a la vulgaridad de un mundo degradado. Es el sueño de la Cultura. El gran sueño. Para ello, la belleza del arte convive con el vitalismo del sexo y la melancolía de la inteligencia. Y siempre —como una obsesión en su vida— cuestionando el sentido de lo políticamente correcto. Este poeta sólo concibe la vida en relación con el arte. Sólo el arte salva la vida. Es quizá el poeta más controvertido de los nueve que aparecieron agrupados por Castellet en su ya clásica antología *Nueve novísimos poetas españoles* (1970). Y siempre ha sido caracterizado parcialmente, y por ello recluso a la consideración de poeta culturalista sin mayor razonamiento, evitando así cualquier análisis de su poesía en profundidad. Ésta desborda

los márgenes de la literatura y se inmiscuye en su vida. Adentrarse en el mundo poético de José María Álvarez es abrir una puerta de la Literatura, mientras una voz claramente personal nos muestra a sus maestros, poetas y escritores universales, que no sólo influyen en su escritura sino que también le proporcionan un *dictum* moral. Pero a pesar de esa mala lectura de su obra y de la indiferencia hacia sus logros, la poesía de Álvarez ha sido, sin duda, de gran importancia para la historia de la poesía española contemporánea. Algunos de aquellos poetas *novísimos* fueron diluyéndose, o se dedicaron con preferencia a la narrativa o al ensayo, pero Álvarez sigue siendo un referente dentro de la poesía actual. Su *Museo de Cera* es uno de los libros sagrados de la poesía moderna española. De los *Nueve novísimos* es hoy no sólo el más novísimo sino el más auténticamente nuevo; el más fiel a su poética de siempre a la vez que el que mejor ha sabido evolucionar y renovarse. Cuando la mayoría de sus colegas de generación agonizan, en no poca medida, perdidos en los limbos de la edad o la insignificancia, José María Álvarez deslumbra con la impertinencia, la procacidad, el improprio, la elegía, lucidas. Y no olvidemos su importantísima labor como traductor. Sobre todo su mítica traducción de Kavafis, esa traducción tan conocida, leída y disfrutada —que probablemente sea el libro de poesía más vendido en España—, ha tenido una gran influencia en la poesía española moderna. Memorable fue también el homenaje que promovió Álvarez en Venecia en honor a Ezra Pound en 1985, centenario de su nacimiento. Allí convocó a poetas, escritores y estudiosos de varios países en una peregrinación de palabras y ánimos. Otra reunión vibrante fue la que organizó en Buenos Aires, junto a María Kodama, en honor a Borges. O las once ediciones del festival *Ardentísima*, que convirtieron a Murcia en un punto de encuentro de la poesía internacional. Porque Álvarez aboga siempre por una Literatura universal, quizá la única —como diría Borges—, por una Cultura que recoja lo mejor de todas las lenguas y culturas del mundo.

En cuanto a Villa Gracia, una visita a esa casa es una experiencia que no se olvida. Se podría decir que Villa Gracia es un monumento a la Literatura. Es un emblema de la vida literaria, de la vida hecha literatura y de la literatura hecha vida. Porque eso mismo es José María Álvarez: un ejemplo vivo de cómo la literatura potencia la vida. De cómo la literatura transforma nuestras vidas, las depura de todo lo banal y las llena de sentido. Y él es pura literatura, pura vida. Sus recitales poéticos fueron desde el principio un acontecimiento y —a pesar de que los críticos suelen esperarle siempre con las uñas afiladas— su poesía es un canto a la Civilización que sirve para construir una vida felizmente acompañada de libros, alcohol, ciudades y música. Desde hace unos años parece afincado definitivamente en París, tras muchos años de flirteo, idas y venidas a la ciudad de la luz.

Encuadrar a Álvarez en un concepto de poesía formal sería poco menos que desvirtuar la esencia de su creación. Porque su poesía es un informal canto contra unas estructuras mentales demasiado rígidas, contra unas normas culturales opresoras. Igual que sus recitales, un libro de José María Álvarez es siempre un acontecimiento. Amable con sus amigos, culto, elegante, curioso, vitalísimo, leer a José María Álvarez es regresar a Simbad El Marino y las procelosas aguas por las que transitamos hacia lo desconocido, cuando todavía quedaban mundos por descubrir. Su obra fue como un relámpago que me atravesó ya para siempre. Un asidero para no perder la lucidez, siempre dolorosa. Tanta vida, tanta intensidad, tanta emoción, toda esa fascinación y belleza. Tantas imágenes y emociones que me acompañarán para siempre, toda esa dicha. Sólo puedo expresar mi gratitud por todo lo que me ha hecho y hará sentir y vivir su obra. Porque su lectura provoca un estado de rebelión, de exaltación vital y hedónica, de deslumbramiento continuo. No hay nada parecido en toda la poesía española del siglo XX ni del XXI. Esa mirada luminosa, ese asombro que habita en el poeta. El encomio de una forma de vida extinta, el absoluto gozo del que sabe que su vida se ha ennoblecido gracias a los placeres refinados del Arte.

La poesía de Álvarez es de gratitud a la vida por haberle hecho conocer esos paisajes, esos libros y esos cuerpos amados. El poeta actúa como un gran compendiador de las voces inmortales de tantos otros poetas que, a su vez, han ofrecido su legado a la eternidad. A este poeta resulta casi imposible compararlo con otros poetas. Sus trabajos agujonean con saña al lector, que acaba por hipnotizarlo y seducirlo. La curiosidad, siempre presente, como motor del poeta. Y la conciencia de la dignidad y de la derrota. Una reivindicación de un modo de vivir ostentosamente reñido con el adocenamiento y la desmemoria cultural que parecen ingredientes fundamentales del igualitarismo moderno. La obra de José María Álvarez se ha ido estructurando para las posteriores generaciones en una suerte de educación sentimental.

Siempre con su chaqueta —que no olvida un pañuelo llamativo en la solapa, colocado casi como por azar, pero delicadamente dispuesto—, con una melena leonina y una expresión pícaro, habla de poesía, de vida, parapetado por una copa de coñac y uno de esos pequeños puros que enciende de manera sistemática, uno tras otro, José María Álvarez es el poeta que ha vivido la vida de poeta. Y nos dice: «yo, por otra parte, nunca me he sentido culturalista, sino que he deseado cultivarme». En su sed de saber, de conocer, de contemplar, encuentra justificación para escribir. El arte, para él, es «emoción y encanto. Y nada más» —reconoce. Y asegura que «han matado la sexualidad». La poesía de Álvarez eleva al lector a un mundo donde la belleza, el sentido de lo heroico y el noble hedonismo de raíz griega nos hacen inmediatamente mejores. Tal voluntad educativa podría parecer incluso ingenua si no se sostuviera en profundas convicciones. José María Álvarez ha sostenido las suyas con ejemplar coherencia desde hace casi medio siglo. Y esas convicciones parecen hoy más necesarias que nunca. Este poeta es voluntariamente cultista, vitalista y elitista y cree que todo se va destruyendo en esta civilización. Y su amada ciudad de Venecia es —desde hace muchos años— la imagen de un ocaso dorado y grandioso, pero crepúsculo, o sea, fin. Poeta, y solo poeta, a la manera antigua, sabe gozar de los libros y de la vida. Y ha hecho de la cultura, y de la literatura especialmente —los viajes forman también parte de ese equipaje vital—, su vida. Además ha contado con los medios económicos suficientes para satisfacer sus curiosidades de coleccionista y viajero. Y esa situación privilegiada le ha permitido mantenerse en un mundo interior y exclusivamente creador, así como vivir sin preocupaciones ni riesgos.

Para mí no ha habido mayor satisfacción que la de comprobar que este poeta se parece, efectivamente, mucho a su obra, cosa que no siempre ocurre y que para un lector, es lo mejor que podía ocurrir. Ese efecto estético. Y en las conversaciones con él destaca siempre su agudeza de juicio, tan sutil, y el saber adaptarse a cada uno de sus interlocutores con gran flexibilidad intelectual. Con los años ha sabido seguir vinculado al arte y a sus ideas, con una gran libertad de espíritu, y en una especie de exilio interior. Pues, como decía Stefan Zweig, cualquier forma de exilio se convierte para un hombre de espíritu en un estímulo para el recogimiento interior. La poesía ha sido para él desde siempre un arte de saber vivir. Y uno siente que la literatura es posible gracias a gente como él, que cree en lo que hace y que pone toda su vida en ello.

Como Borges —el entusiasmo de un hombre como Álvarez hacia un hombre como Borges es extraordinariamente interesante—, José María Álvarez no llegará tampoco al último verso. Seguirá escribiendo su soliloquio al ritmo que le señale el pulso de la vida. Esa verdadera vida de poeta.

Escribía un libro que era todo lo contrario que de mí se esperaba.

De LOS DECORADOS DEL OLVIDO

Desde el principio José María Álvarez tenía muy claro que su obra poética iba a estar compuesta por un solo libro, *Museo de cera*, un libro que escribió entre 1960 y 2002, y que habría de ir recogiendo en selecciones incompletas toda su poesía. Sus inicios habían sido dentro de la poesía social, tendencia que luego rechazaría para asumir la estética novísima, en boga a comienzos de los 70 y de la cual llegaría con el tiempo a ser uno de sus más singulares representantes. Pero no olvidemos que los novísimos eran una serie de poetas que casi tenían más de común en lo que negaban que en lo que amaban. Álvarez era un poeta que anclaba su inspiración en el pasado, en los protagonistas del tiempo perdido. Y la lectura de sus versos nos determinaba una adicción irreparable. Su verso libre, urdido en la concisión anglosajona de evadirse de los excesivos nexos gramaticales del español, conseguía una exuberancia plástica; con el salto elíptico de la expresión narrativa, el verso volaba libre en el cielo del alma del lector adicto. Además Álvarez leía sus poemas con mucho sentimiento, como el que se cree lo que escribe. La gente se quedaba pasmada. Iban a su casa en peregrinación para conocerle y escucharle recitar. Eran unas formas exteriores de narratividad extensa, expuestas con ilación de monólogo, muy efectivas. El exceso de *culturalismo* atribuido siempre al poeta no constituía una pose, sino una actitud de reflexión frente a la herencia cultural del hombre y un homenaje al arte y a la belleza entendidos como fuente de placer. La actitud del sujeto lírico, que pretende asumir en los poemas un papel de conciencia suprahistórica para evaluar los acontecimientos de la historia y de la realidad, era determinante. La cultura era entendida por el poeta como argamasa insoslayable, y la poesía no dejaba de ser un placer adquirido que había que cultivar con paciencia y esmero. Aquella manera de proyectar y vivir la vida de manera intensa, cuando no distinguía obra y personaje literario, parecía factible, estimulante.

Dentro de ese *Museo de cera* y cerrándolo, *Tósigo Ardento* constituía una suite aparte, perfectamente cerrada y autosuficiente. Sus versos se nos presentaban quebrados, brevísimos —a veces un simple artículo—, verdaderas culebrinas de luz, con frecuentes encabalgamientos abruptos que predisponían a la suspensión de ánimo, al tiempo que abundantes espacios blancos sugestionaban auténticos impactos visuales. Cambios de ritmo, concisas evocaciones historicistas, aunque pudieran parecer rígidas, pronto se nos ofrecían en su honda coherencia. Eran visiones unisegmentales, es decir, unidas, fundidas, imágenes que obraban como reminiscencia.

Por otro lado estaba *La Edad de Oro*, que tras el repudiado *Libro de las nuevas herramientas* —libro pronto rechazado por el poeta— era la primera obra de Álvarez ajena a *Museo de Cera*. Se trataba de un hermoso libro de apócrifos en el que se traslucía como nunca su gusto por la épica en sus aspectos más metafísicos, su epicureísmo luminoso, su fascinación por el cuerpo, su imagen del *ideal inaccesible*, vinculado al esplendor del amor, la derrota y el olvido. Palabras como *gloria*, *destino*, *aventura*, *frontera*, *imperio*, *orgullo* o *belleza* adquirían en la poesía de José María Álvarez significados que iban más allá de la trascendencia que connotan. La propiedad del lenguaje, la vivida —y aún más intuitiva poéticamente— cultura clásica rezumaban estos versos; el sabio escepticismo, el intenso fervor y la pasión por la estética con que el poeta siempre había afrontado la aventura de la vida.

Los libros publicados en los años ochenta —*La edad de oro*, *Nocturnos*, *El escudo de Aquiles*— fueron, pues, luego incorporados a sucesivas ediciones aumentadas de *Museo de*

cera. En esa época —y casi ya para siempre— Álvarez gusta de vivir su literatura, de teatralizar la vida. Sus poemas iban destinados a construir el itinerario de un “yo” exuberante y profundo que oscila entre la alegría feliz del cuerpo y la angustia nocturna frente a la muerte innombrable. Sabe poner en valor la plenitud fónica de las palabras, particularmente al final de cada verso, bajo el acento de la intensidad. Ese “yo” rinde homenaje a la belleza bajo todas sus formas, principalmente a la de los cuerpos que le deslumbran. Palabras como *Desesperación*, *Poder*, *Arte*, *Muerte* y otras van insertadas en los textos, dándoles una altura majestuosa. La noche sostiene las armaduras de esta poesía que nunca ha dejado de enfrentarse a los límites humanos.

Tiempo después *El botín del mundo* recogía poemas escritos entre 1985 y 1992, y esos poemas eran también piezas cobradas para ese *Museo de cera* que había ido enriqueciendo desde 1960. Ese libro, *El botín del mundo* —cuyo título sintetiza muy bien la perspectiva afirmativa básica de José María Álvarez—, es uno de los más valorados de este poeta y uno de los mejores libros de poesía publicados en ese fin de siglo. Con su intenso y contagioso vitalismo acentúa el contraste entre la conciencia de la devastación y el himno a la vida y a la belleza. La voz protagonista subraya la vida extrema de la experiencia creadora y de la experiencia de la cultura. Quien ya ha vivido exhorta a apurar el goce de los sentidos y de la inteligencia, tanto en la aventura cotidiana como en la experiencia artística, que se presentan como una sola cosa. La ceremonia de la celebración vital, los ecos de una gozosa sensorialidad mediterránea, todo era una perfecta síntesis de la visión definitiva del personaje de *Museo de cera*.

Después vendría *La serpiente de bronce* (1996), cuyo título estaba extraído de la Biblia, libro en el que aparecía la imagen impactante de esa lágrima de oro sobre el rostro de la Muerte; la orgullosa soledad del yo agnóstico, que elige brillantemente alzar un brindis a la vida omnipotente, de la cual él ha celebrado los signos, entre un júbilo alegre, inteligente y animal. Más adelante, a finales de los noventa, y con motivo de la publicación de *La lágrima de Ahab*, el propio poeta aseguraba: «Después de lo que *La serpiente de bronce* significaba, he pretendido entrar al texto por otra vía, aplicar a mi poesía un tono narrativo sin que ésta pierda intensidad». Y añadía: «Aquí la mayoría de los poemas son de deseo. Pero creo que de una manera más descarnada». «En mi obra hay siempre un fuerte amor por la vida en sus manifestaciones más rotundas, una última y desesperadísima defensa de lo que no es mediocre». *La lágrima de Ahab* supone el último eslabón de *Museo de Cera*, el titánico libro, a modo de vivo testimonio poético. Destacaba en uno de sus poemas una escena terrible: la estampa de una Capilla Sixtina atestada de turistas embrutecidos e indiferentes a la belleza, aborregados y sumisos como los judíos exterminados por los nazis en las cámaras de gas. Esos dos últimos libros, *La serpiente de bronce* y *La lágrima de Ahab*, abren nuevamente el territorio de la protesta contra la cultura de masas, de un poeta que cree que la cultura y todos sus grandes autores son el más consumado producto del género humano y el único que salva a la vida de toda su mezquindad y bajeza. La provocación sexual, social o política adquiere categoría de manifiesto personal e individualista contra la masa, contra la incultura, contra la sociedad contemporánea. Es la búsqueda de respuestas en el arte contra la decadencia de la civilización.

Álvarez usa en sus primeros libros un lenguaje sin puntuar, una serie de concatenación de imágenes, como también demuestra el uso de encabalgamientos en el verso muy violentos. Este uso anárquico de las imágenes, apiladas una detrás de otra, es una de las maneras en que el poeta usará la técnica del collage. Las imágenes se suceden, yuxtapuestas, a modo de fotografías pinchadas en un tablón de anuncios. Este recurso será luego una constante a lo largo de toda su obra. Los títulos que Álvarez da a sus poemas participan de una intertextualidad cultural. Por una parte, sirven de homenaje a esa referencia que está enmarcando el poema, y por otra, predisponen a una cierta lectura de la composición. El poeta se sabe el heredero de todo un legado cultural y sensitivo que no tiene continuidad en el mundo que lo rodea, con la llegada de los “bárbaros” y el ocaso de la civilización conocida.

Los valores que el arte propugna han muerto, y el poeta es uno de los pocos representantes que restan de esas ideas. Pero el poeta no tiene ningún valor en el mundo contemporáneo: es un loco, un *outsider*, un disidente. Con él, pues, se despide todo un mundo. Y ve desaparecer (desde arriba, porque es superior) las ruinas de un mundo agonizante. Es ésta la despedida que Álvarez plantea en su poesía.

A lo largo de *Museo de cera* siempre encontramos esa misma voz. Ser fiel a un solo libro implicaba sobre todo ser fiel a una voz personal. Era lo que el tópico reconocería a la ligera como su excesivo *culturalismo*. José María Álvarez se había dado a conocer en el ámbito poético en 1964, cuando publicó el *Libro de las nuevas herramientas*. Pero años antes su labor cultural había sido frenética, realizando numerosos recitales en España y en Francia, donde su actividad como escritor era muy próxima a la de un *activista político de la cultura*, y llegando a participar en lecturas poéticas emitidas por Radio París, cuyo presentador en la emisión en castellano era Mario Vargas Llosa. Allí estuvo en los primeros sesenta estudiando Filosofía; regresó a España posteriormente para terminar sus estudios de Historia por la Universidad de Murcia, que desvió luego hacia una descubierta atracción por la Geografía, bajo la dirección de su maestro el geógrafo Vilá Valentí. Hay que tener en cuenta que los escritores de la España franquista se enfrentaban a una doble presión: la oficial del régimen y la de la oposición izquierdista. Álvarez comprendió pronto que aquél no era su camino.

Sus primeros poemas de *Museo de Cera* abogaban por una revolución vanguardista, a la manera de la vanguardia rusa. En los últimos setenta vino su labor como traductor, siendo destacables sus traducciones de *Los poemas de la locura* de Friedrich Hölderlin —ya Scardanelli— y los de Kontantino Kavafis. Había sido el primero en publicar una traducción al castellano de la obra poética de Kavafis, la cual tuvo una gran aceptación, e hizo que se pusiese de moda la obra del poeta alejandrino, hasta tal punto que habría incluso que introducir esta obra dentro del estudio de la poesía española de esta época. A partir de 1980 su dicción poética está llena de referencias vitales. Hay una dialéctica constante entre vida y poesía. El hedonismo vital sigue siendo la piedra de toque de su obra. El descubrimiento de su voz y las distintas maneras de experimentar con ella llevan a Álvarez a publicar nueve libros en un período que va desde 1980 hasta 2006. Este ciclo, considerando que de 1960 a 1980 sólo escribió tres, es pues de una gran producción. Uno de esos libros, quizá el mejor, *Tosigo Ardento*, fue escrito en el período que va desde 1983 a 1985, y es una exquisita elegía de todo lo que ha sucedido en la vida del poeta. Es la lectura de la realidad con unos ojos que, a pesar de su voluntad hedonista, encuentran una visión pesimista del futuro. La crítica recorre múltiples ámbitos: la ética, la cultura, la política, las costumbres... Hay un efecto de sobrecogimiento que acoge al lector. El poeta se siente heredero de una tradición cultural, con su consecuente reflejo vital, que está desapareciendo reemplazada por una mediocridad inmensa. Incluso al adular el sexo suele dar una visión de la mujer que no se atiene al molde del tiempo en que vivimos. Además es preciso entender el valor funcional que ciertos escenarios, como Venecia, juegan en su mundo estético y moral. Como Eliot en *La tierra baldía*, Álvarez va reuniendo en su poema fragmentos y relatos aparentemente inconexos. Todos ellos entretejen una matizada conciencia, por parte del poeta, de estar asistiendo al final de una civilización, destruida por una envilecida clase dirigente y por el conformismo de una población tan sumisa como embrutecida. Tal es el sentido de su *Venezia*: una pertinaz supervivencia del pasado, testimonio de todo aquello que el poeta cuenta entre los grandes logros de la humanidad, y a la vez irremisiblemente condenada a la destrucción en una época no sólo insensible a la valía de esos logros, sino que conspira activamente para anularlos. La reflexión se establece con la confrontación de ese tesoro que él considera que tiene la sociedad en la Cultura, ese Botín del Mundo, con la ignorancia del presente donde el envilecimiento es la moneda corriente de seres adocenados por un pensamiento nulo, sepultados bajo su propia voluntad de encefalograma plano. Álvarez se siente espectador del fin del Arte, observa que ya no se establece un diálogo con lo

heredado y esto le lleva a pensar que estamos ante la decadencia. Él, a pesar de que también se va con ese declinar, ya ha disfrutado de la riqueza heredada.

Pero antes, en 1971 había aparecido *87 poemas* en la editorial Helios, que de hecho es considerado por el autor como la primera edición de *Museo de cera*. Allí comienza la aventura de *Museo*. Después, cinco ediciones más —la de La Gaya Ciencia, en 1974, la de Hiperión en 1978, las dos de la Editora Regional de Murcia, de 1984 y 1990, la de Visor de 1993—, hasta llegar a la definitiva de 2002, para Renacimiento, reeditada por esta misma editorial en 2016. Ahí están recogidos para siempre los mejores poemas de José María Álvarez, aquellos en los que más aparece el Álvarez más polémico, el bon vivant, el personaje desmedido y anárquico que desprecia la mediocridad y ama sólo la excelencia, el incansable seductor de mujeres, el poeta políticamente más incorrecto del mundo, aquél al que le hubiera gustado vivir —o de hecho ha vivido— «la vida que antiguas minorías consagraron como Arte». Era la libertad total a la hora de escribir, sin miedo de ningún tipo a las consecuencias, viviendo en el filo y escribiendo en el filo de una navaja. Nadie ha escrito así. Nadie ha sido capaz de expresarlo así, sin perder en ningún momento un ápice de elegancia en la escritura.

III

EN LAS ALAS Y GALERÍAS DEL MUSEO

*Quienes me amaron y yo amé
La lealtad que mi alma
Guarda a determinados
Paisajes rostros libros*

De PRÍNCIPE DE LAS TINIEBLAS

«Ojalá que algunos de estos versos se salven de la muerte», dice el propio José María Álvarez refiriéndose a la acumulación de citas a la cabeza de sus poemas. Porque este poeta se adorna de una gran profusión de citas, en un alarde de erudición —algunos han pensado— que las más de las veces hay que entender en sentido irónico. Esas citas de la más variopinta procedencia son un diálogo con el pasado y la tradición. Es inevitable hablar de todo ese entramado de citas, o de títulos difícilmente vinculados a veces con los poemas que presiden, y que establecen todo un desafío que el lector ha de resolver. Por un lado estaban esas largas citas que escandalizaron a muchos, y que las más de las veces no venían de la poesía, sino de la novela o del ensayo, o hasta del panfleto. Y por otro lado, esas otras citas, más íntimas y más crípticas, metidas dentro del poema a modo de guiño, reforzando un mundo mitológico, que encontraba sus materiales en los más exquisitos autores. Es decir la intertextualidad: insertando fragmentos de otros autores sin aviso ni entrecomillado, como parte misma del texto. A la manera de *El libro del cielo y el infierno*, de Borges, *Museo de cera* pudiera parecer a primera vista un libro confeccionado con fragmentos de otros libros, recreaciones de personajes. Pero había en aquellas páginas algo que sonaba a sorprendentemente verdadero, algo inusual por otra parte, algo a contracorriente, con su punto de insolencia. A todo el mundo sorprendía la abundancia de citas. Pero no se trataba de meros adornos. Esas citas eran otras tantas invitaciones a franquear puertas, un museo de curiosidades gozosas, una colección de privadas mitologías, una llamada a embarcarse en un largo viaje, en una aventura literaria. Ese abundante registro de citas no era, pues, prurito de adorno culturalista.

Se adivinaba que se establecía un juego vertiginoso entre esas citas abundantes, acompañadas de una sorprendente abundancia de ecos, mientras que se perpetuaba el enigma inicial que se imprimirá fuertemente en la imaginación del lector. Álvarez se vale de esas citas para crear un determinado ambiente literario, que provoque en el lector un contexto estético, en el que inscribir sus siempre lapidarios versos. El propio poeta llegó a insinuar en algún momento que las elegía al azar y que las ponía aunque no hicieran referencia al contenido del poema, simplemente por añadir otra lectura. Pero también ha concebido el exceso de citas en su poesía como una puerta de entrada al mundo de la Belleza: «tú dejas ahí un mundo, y unos cogerán un trozo, otros otro...». Cuando citaba a Villon, Fats Waller, Lester Young y Billie Holliday, al final del poema “Papeles Privados”, los utilizaba como un último refugio respecto al mundo, una fuente final de satisfacción sensual antes de la muerte: era ver el Arte como un refugio de la Vida, ni más ni menos. Así pues todas esas citas unas veces se presentaban como meras inscripciones sin relación explícita con los versos originales, otras, acotaban de muy diversas maneras las condiciones de la lectura y otras servían de lema que el autor asumía o desarrollaba, y constituían, en todo caso, el canon particular de José María Álvarez, que enmarcaba, cuanto menos, su ideología estética y el perfil literario de su personaje. Las citas servían no tanto como guías para la comprensión y goce de su poesía sino como luces de un firmamento que el poeta crea para cobijar su composición. Ese gusto por incluir a los que ama en su propia obra es una buena declaración de lo que José María Álvarez entiende por cultura: una orgiástica celebración de sus interlocutores ideales. Últimamente Álvarez dice que sus citas son todo menos una cita. En fin, no son nombres vacíos de contenido que se usen como reclamo, o como exhibición, sino que están señalando un bagaje cultural, un universo en el que se inscribe su obra y en el que desea que sea leída. Esa mezcla, por otra parte, entre tantos nombres de diferentes procedencias contribuía a formar la idea de que el Arte es sólo uno y constituye un todo unitario sin fisuras. Esa era una idea fundamental.

El poema se manifiesta como reflexivo respecto de la cultura en que se inscribe, introduciendo una nueva noción de tradición. La personalidad de Álvarez reúne, como una de sus características esenciales, la de poseer una notable cultura y la de amarla. Este es un hecho claramente detectable en *Museo de cera*, y constituye una forma de enriquecimiento de su universo poético. A veces, incluso, exige un conocimiento, una complicidad cultural por parte del lector. Se trata de un auténtico museo literario en el que tiene cabida todo material que el poeta considere conveniente: una referencia musical, literaria, plástica, un paisaje o anécdota vividos, un rostro de mujer amada, una ciudad —magnificadas por el recuerdo, como ecos visionarios, el fasto de ciudades legendarias—, o hasta un vaso de vodka. Un complejo mundo histórico, biográfico y cultural iluminado por una actitud pasional ante el Arte y la Cultura, pero siempre desde una perspectiva de enriquecimiento y liberadora. Hay una raíz erótica, hedonista, estetizante, de goce placentero de la realidad; es antes una actitud amoratoria del mundo. Y una auténtica provocación a los contemporáneos, a su vulgaridad, a la que él contrapone la fabulación de un ámbito lujoso y decantado como forma humana, cultural y vital de enriquecimiento.

Museo de cera es quizá el libro que uno más ha leído y releído en su vida. Poemas y poemas de los que no me ha sido posible desligarme jamás. Es el libro de los días de mi juventud. Y lo que me lleva a releer casi obsesivamente *Museo de cera* como antídoto es el fulgor de su escritura, un fulgor demoníaco y elegante. Complace siempre volver sobre lo leído, sobre versos estéticamente definitivos, versos de glosa, así como de anécdota, perfectamente ensamblados, corporizados, a la línea sonora y conceptual del poema, de raigambre plástica, ajustados, severos, terminan siendo sentenciadores. El resultado es suntuoso: la lucidez. Adentrarse en las páginas de este *Museo* es una de las aventuras más insólitas y gratificantes que uno puede realizar. El refinamiento y la barbarie, el amor y la muerte se dan cita en este libro. Hasta la propia muerte del poeta. Pero no es solamente su muerte, es la muerte de toda una época, de todo un mundo. La nuestra, el nuestro. El poeta

muere. Sublime soberbia. No merece vivir —no sería honesto— en un mundo ajeno a lo hermoso. Sin embargo el poeta al menos ha de dar testimonio. Su papel está visto como un destino fatal: *Acepta tu destino como el precio / de tu palabra. Escribe*. A veces, los poemas se convierten en el objetivo de una cámara, a través de la cual el poeta se distancia para “rodar” una escena, una evocación de todo lo que le parece salvable de la humanidad.

Este libro ha significado un aldabonazo en nuestro mundo literario. El propio Álvarez nos cuenta en un fragmento muy interesante de sus Memorias, *Los decorados del olvido*, el origen y posterior desarrollo en la historia de *Museo de cera*:

«Empecé *Museo de cera* en París, una tarde apacible del Verano de 1960, en la terraza de un bar de Odéon, ante la estatua del arrebatado Danton. Era —es— un poema sobre ciertas arboledas. Esos versos permanecieron en su libretita, mientras yo escribía frenéticamente los incendiarios de recitales subversivos que editaría José Batlló, en 1963 ó 64, en *El Bardo*, con el título *Libro de las nuevas herramientas*. Rápidamente la «orquesta roja» se puso a tocar mi marcha, y todos bailamos felices al son de la carmagnole hispánica; hasta hubo una propuesta, que no cuajó, para publicar en *Ruedo Ibérico*. Como digo, yo «prometía». Pero mire usted por donde, a mí no me iba ese paso, empecé a distanciarme del hervor conspirador y manifesté abiertamente mi decisión de dedicarme únicamente al libro que deseaba, a *Museo*. Como es natural, los cuchillos de mis, hasta ese momento, adoradores, empezaron a afilarse. En 1970, se publicó *Nueve novísimos*. La historia es conocida. Pero un poco antes —aunque el libro saldría en 1971, después de la antología de Castellet—, García Madrid, que había fundado *Helios*, se empeñó en editar lo que hasta entonces yo tenía de *Museo*. Consideré que no podía dar siquiera una idea del libro, y que además todos los poemas estaban bajo una corrección constante. Pero se empecinó. Le dije que al menos no utilizara el título, sino que se limitase al número de poemas, y así salió *87 Poemas*, al que García Madrid incorporó un prólogo que consistía en una entrevista que me hizo Jesús Munárriz. Decidimos que fuera muy provocadora, lo que llevó a ciertos juicios «excesivos», pero sirvió para esa provocación. El libro exacerbó a «la crítica», compañeros de viaje, camaradas celulares, afición en general y, sin apelación, fue dictada la sentencia que me expulsaba de la «tribu». Algunos amigos no estuvieron conforme con ese castigo, y las lecturas de mis poemas pasaron de aquellos magníficos «escenarios naturales» a las casas de estos amigos, como la de Félix Grande en Madrid, y sobre todo en Barcelona. Estas veladas poéticas en Barcelona fueron considerables; a veces con pisos llenos de gente de la más variada procedencia, y a veces, entre esa gente, alguien tan querido y respetado como Jaime Gil de Biedma. El éxito de los *Novísimos* hacía más difícil conseguir mi «desaparición», aunque debo reconocer el éxito del dictak: a treinta años visto, revelación del Secreto de Fátima incluido, sigo «sin existir», como bien claro lo dejaba hace poco *El País*, en largo artículo de Vicente Molina-Foix sobre los *Novísimos*, donde se reducían a Ocho, o las Memorias de Antonio Martínez Sarrión, donde no aparecemos ni un servidor ni quienes, como Eduardo Chamorro, han seguido siendo amigos míos. Fue por entonces cuando Bernardo Giner de los Ríos, seguramente un poco ajeno a mi condena en España, me propuso una edición americana. Imagino que en cuanto los Altos Mandarines tuvieron noticia de ello, tocarían los botones oportunos, porque después de varias cartas ratificando el proyecto, Giner de los Ríos fue ya solo silencio. Llegamos a 1973: Jimmy Giménez Arnau, que había fundado con Juan Carlos Curutchet una editorial, lo primero que quiso fue sacar *Museo de cera*. Trabajamos juntos intentando «disimular» algunos poemas para que pudieran pasar la Censura. Se llegó a tener primeras pruebas de imprenta, que conservo como una reliquia. Pero la editorial no tardó en quebrar, ya con el libro en máquina, y la empresa se frustró. Por 1974, Rosa Regás, que sabía de todas estas tentativas y que estaba llena de entusiasmo editorial, se decidió a publicar *Museo de cera* en La Gaya Ciencia. El libro no estaba ni mucho menos acabado, pero sí podía dar ya una idea de lo que pretendía ser. Y las ediciones de Rosa eran elegantes. Le dije que sí, y entonces empezó ella una larga deliberación con la Censura, que se resolvió eliminando algún poema y «maquillando»

otros. Pero el libro salió y, pese a la mudez absoluta de la crítica, debió venderse bien, porque fueron muchas las cartas que recibí de jóvenes poetas de muchos lugares. En 1978 ya sí tenía un primer «cuerpo» de *Museo de cera*. Y sobre todo pensando en la buena acogida que había tenido la edición de *La Gaya Ciencia*, creí que debía publicarlo. Rosa Regás había declinado como editora. Se lo sugerí a Jesús Munárriz. Munárriz estuvo de acuerdo, pero dijo que al ritmo normal de sus publicaciones, el libro tardaría demasiado tiempo; que si yo asumía el costo, podía meterlo en prensas de inmediato. Y así lo hicimos. La edición de *Hiperión* fue afortunada. Empezaron las traducciones, las invitaciones de otros países. En 1980 publiqué *La edad de oro* y en 1983, *Nocturnos*. *Nocturnos* son tan pocas páginas que su destino natural era una revista. Las dos publicaciones, aunque son poemas de *Museo de cera*, se hicieron —como ha sucedido en otras ocasiones— por una sola edición y para ser incorporadas en la siguiente de *Museo*. Esta vino en 1984. El libro era «considerable». A Munárriz ya lo había yo mandado a hacer puñetas, a causa de Kavafis. Ningún otro editor se atrevía con el mamotreto. Favorablemente, era Consejero de Cultura en Murcia, Esteban Egea, quien nadie sabe por qué sentía respeto por mi obra y consideración y amistad por mí. Y me pidió un «libro que prestigiara» a la Editora Regional. A mí no me gustan ese tipo de ediciones, porque su distribución no suele ser la adecuada, si es que la hay; pero lo que me daba era la oportunidad de hacerme con un montón de ejemplares, que ya me encargué yo de hacer llegar a poetas de muchos países, amigos míos a quienes les hubiera sido difícil conseguir el libro de otra manera. De todas formas, sí tuvo difusión, porque las cartas de «admiradores» fueron muchísimas, hasta de sitios muy pequeños, y sobre todo sirvió para la ruptura de la «consigna de silencio» establecida contra mí: el poeta Francesc Parcerisas publicó en *El País* un largo artículo muy elogioso para *Museo* y contra esa «consigna». El libro fue presentado en Junio en la Biblioteca Nacional por Juan Benet, José María de Areilza y Emilio García Gómez. En una sala casi sin nadie. En 1985 publiqué *Tósigo ardento*, en una magnífica edición —libro compuesto a mano, esmerado, un bello ejemplar— gracias a la poeta Dionisia García, tan buena amiga mía, que había fundado Begar Ediciones, en Málaga, con Salvador López Becerra. En 1987, otro viejo y querido amigo, Marcos Ricardo Barnatán, editó *El escudo de Aquiles*. Y en 1989, un largo poema, *Signifying Nothing*, ganó el Premio Internacional Barcarola, que me entregaría precisamente Carlos Barral. Los tres, como ya he dicho que sucede con cuanto he escrito durante la larga elaboración de *Museo de Cera*, han sido libros de una sola edición e incorporados a la siguiente de aquél. Que se hizo otra vez en Murcia, en la Editora Regional, y otra vez debido a Esteban Egea, en 1990. En 1993, Visor reprodujo esa edición para su colección. Empezaron a salir las últimas «entregas» de *Museo*: En 1994, en *Renacimiento*, *El botín del mundo*; en 1996 Pre-textos sacó *La serpiente de bronce*, que poco después tuvo la edición francesa; en 1999, Visor lo hizo con *La lágrima de Ahab*. La losa de silencio y extrañamiento sigue donde estaba. Pero ya no puede impedir que los poetas más jóvenes —¿cómo olvidaré lo que han hecho por mí Carlos Marzal o Vicente Gallego, o Felipe Benítez, o Xavier Seoane, Pepe Serrallé, Paco Díaz de Castro, Lorenzo Oliván... no sé, tantos...?—, o los ya no tan jóvenes —Brines, Luis Antonio de Villena, Barnatán, Parcerisas, Carles Duarte, Carme Riera...— afirmen que sí «existo». Los poemas de *La lágrima de Ahab* terminan *Museo de cera*. La próxima edición, que en realidad será la séptima, deberá considerarse así la primera completa».

Más adelante añade: «Aquellos años, ante un telón de fondo de lucha política contra el Franquismo y mis propios problemas familiares, el delirio primero por MP y luego por Ramona y por LS y *your lips with odorous twilight*, mi historia con Aline, más la escritura de *Museo de cera*, estuvieron atravesados cada segundo por la pasión de la Literatura y el arrebatado de noches alcohólicas».

Todas sus imágenes, las melodías que ama, la celebración de una hora, de un atardecer o de una Luna —con mayúsculas—, de ciertos libros degustados en solitario, la admiración de la juventud y la belleza femenina, la recreación de un episodio de la historia al estilo de

su admirado Kavafis, todo ese mundo decadente y exquisito sigue acumulándose en *Museo de cera*. Solo allí podemos volver a recorrerlo. Porque *Museo de cera* es un auténtico catálogo vital y personal. Cuidadosamente estructurado en tres libros, titulados respectivamente *Otium*, *Fabulario* y *Le rêve*, y conteniendo a su vez otros tres capítulos cada uno, que remiten al lector a mundos épicos, literarios, cinematográficos o aventureros, en una recopilación de imágenes que sorprende por su variedad, erudición, refinamiento estético y capacidad evocadora, deudora en buena medida del poder hipnótico del cine. Es la amplitud inabarcable de un mundo literario universal. En fin, todavía hay mucho que estudiar sobre este libro excepcional por tantas razones.

Llama la atención la concepción que ofrecía sobre el Arte como el fin supremo del hombre, y el uso de una intertextualidad que entiende que el Arte no es sino uno solo. Libro de instantáneas, de hallazgos, de rescates arqueológicos, de miradas lúcidas, penetrantes. Galería de espejos que los hace (a los poemas) únicos, múltiples y a la vez fragmentarios. Libro hecho de impresiones, de fragmentos, de sombras de retratos y de autorretratos desvanecidos, de restos de lecturas, de sueños y de mitologías personales. Robert Bly habla del concepto de “salto” en los poemas de *Museo de cera*, de la gran habilidad para usar el “salto” o asociación rápida como una forma de contenido. Según él, Álvarez encaja en la categoría de poetas que saben cómo “saltar”. Salta desde el pálido mar del atardecer hasta la caída del frío cuerpo de una muchacha, salta de Estambul a la música de Lester Young. Los saltos son de la imaginación y de los rápidos movimientos de los sentidos. Saltos imaginativos que buscan encantar al lector, incluso mientras se satisface a sí mismo, en medio de la desesperanza.

A principios de abril de 2002 la editorial Renacimiento de Sevilla publicaba la séptima edición de *Museo de cera*. 515 poemas que se distribuyen con un criterio temático entre los nueve capítulos en que se organizan simétricamente sus tres libros. Es decir, al no estar organizado su contenido por orden cronológico, cada parte del libro es un ala más o menos temática del *Museo*. Así, a medida que los libros editados se implementan en *Museo*, todos sus poemas ocupan su lugar en un determinado espacio de esos nueve capítulos. Se trata, pues, de un libro que desde su origen carece de articulación cronológica, pero integra toda su poesía en un cuerpo único. El propio poeta comenta al respecto: «éste es un libro que en sus diferentes capítulos es lo suficientemente amplio como para aceptar nuevos poemas, siempre que pertenezcan a este ámbito». Álvarez ya tenía el gran proyecto en la cabeza desde el primer momento y, a modo de juego, ha ido dándoles a los lectores distintas pistas en forma de libros a lo largo de casi cuatro décadas. Libros cuyos poemas han acabado, de un modo u otro, en las distintas galerías de este museo dividido en varias alas.

Desde 1960, hasta agosto de 1999, escritos en los más diversos lugares del planeta y acompañados de más de 1500 citas de escritores de todos los tiempos, se presenta al lector como la obra de una vida de viajero por el mundo y, sobre todo, por la historia de la cultura —una Cultura que el autor considera ahora en sus postrimerías—, que se constituye como uno de los pilares conceptuales —quizá el principal junto con un particular “arte de vivir” constantemente redefinido— sobre los que reposa desde el principio la escritura de un poeta que se presenta. La obra de un esteta que considera que *el Arte es ese viento / que nos arrastra más allá de lo que somos*, que el oficio de poeta es de altanería y que su religión es la de la belleza. En los poemas de *Museo* se deja ver fácilmente el personaje poético de José María Álvarez a lo largo de sus edades sucesivas en un libro acrecido y compuesto entre los veinte y los casi sesenta años; el proceso de creación de un personaje que se forja su rara y ostentosa *aristocracia* sobre una particular y exquisita forma de resistencia cultural y vitalista, frente a lo que se expresa reiteradamente como la decadencia de la sociedad contemporánea y del discurso de las ideologías. Es la expresión de una resistencia erudita y heterodoxa, desmesurada y desafiante, políticamente incorrecta.

El extenso poema *Signifying nothing* sigue cerrando la obra como una intensa y abarcadora despedida. En la última edición de *Museo de cera* se integraban los poemas de

los tres libros publicados por Álvarez con posterioridad a la edición de 1993: *El botín del mundo*, *La serpiente de bronce* y *La lágrima de Ahab*, además de diez poemas de distintas fechas, algunos posteriores a este último libro. El autor había optado por distribuir todos estos poemas de acuerdo con un criterio temático. Todo el *Museo de cera* definitivo mantiene los planteamientos y las técnicas discursivas de los años novísimos y, al tiempo, se impregna de los tonos dominantes de la última etapa, en la que mayor madurez y hondura artística muestra el poeta. Y en todo ello se advierte la defensa de ciertos valores estéticos y vitales: un renovado paganismo y un concepto clasicista de belleza, una sensualidad extrema imbricada con la conciencia del deterioro y de la muerte, una demorada confrontación entre vitalismo y nostalgia, una afirmación del individualismo liberal, una renovada insistencia en los modelos políticos, filosóficos y artísticos de la historia antigua, en las ciudades de su mitología particular, en el homenaje a los escritores preferidos, en el elogio de la amistad y en la insistencia creciente en torno al Deseo. Frente a la desolación, el lujo de los sentidos, la exaltación del ansia, el recreo en la memoria o en la imaginación, el placer de la contemplación o de la lectura, y la apuesta contra la hipocresía colectiva. Un inmenso diario era *Museo de cera*. Lecciones de cosas, lecciones sobre la vida, el tiempo, el amor y la muerte, la inteligencia y el arte. Y la presentación del personaje desde el primer poema, “Oh, hazme una máscara” (de 1969), como un caballero indiferente “Que lo ha perdido todo y no espera ganar nada”. Vestigios artísticos de la antigüedad afirman la perduración del arte sobre la decadencia de la sociedad contemporánea y, sobre todo, la invitación a la dicha, y además, las bromas vanguardistas que componen disparatadas estampas en algunos poemas, las meditaciones en habitaciones de hotel —tan frecuentes—, un recorrido por la educación sentimental del poeta, la evocación de la niñez del personaje como su recuperación de las lecturas juveniles y el despertar de la sexualidad, numerosos homenajes a sus ciudades preferidas, al cine, a músicos, escritores, personajes literarios, obras de arte, al deseo erótico, a diversas figuras de la España de la posguerra tratadas con un humor esperpéntico, un auténtico contingente de homenajes, además de poemas eróticos por los que desfila un sinnúmero de figuras femeninas, de cuerpos entrevistados en las calles, de figuras de un imaginario exuberante, la descripción del deseo de los cuerpos juveniles, el homenaje a las putas, en fin, la serie de melancólicos monólogos dramáticos.

Había además un poema, “El cortejo de los magos”, un poema inmenso que a mí, en concreto, siempre me ha impresionado especialmente, un poema que subraya la reflexión en negativo sobre la existencia. Y estaba también los “Papeles privados (lobotomía)”, con su interminable dedicatoria de varias páginas a centenares de personajes admirados. *Museo de cera* era, en su edición definitiva y gracias a los poemas de madurez de Álvarez, un libro mucho más hondo, más matizado, de muchas aristas y quizá incómodo para algunos lectores en su teatralidad, en sus claras definiciones ideológicas, y constituía indudablemente una de las obras poéticas más densas, coherentes y radicales de la generación a la que pertenece el poeta y de las sucesivas. José María Álvarez había creado un personaje excesivo que desde su demasía interrogaba a cada uno de sus lectores y también les proponía un “arte de vivir” pagano, hedonista, estético, que era, en suma, el proyecto de un personaje literario. Así pues, constituía una *summa artis*, pero también una *summa vitae*.

Un tema recurrente en *Museo de cera* es el placer de la contemplación, el éxtasis por el cuerpo, el sexo, la adoración de la belleza de la juventud, con un yo poético que contempla, desde la distancia que ofrece el tiempo y la madurez, esos cuerpos deseados. El ansia pasional por gozarlos de nuevo se entremezcla con el placer que al volver a la memoria ofrecen esos recuerdos de un tiempo ya destruido. Se trata en la mayoría de los casos de un cuerpo joven de mujer, muchas veces un cuerpo sin pasado ni futuro, sólo ofreciendo su presente, el aquí y el ahora. Normalmente serán encuentros azarosos; frecuentemente, esa joven, envuelta en la mezquindad de sus congéneres, es elevada a otra categoría por el poeta: su belleza será la salvación para ambos.

La memoria, el recuerdo de lo vivido, es otro tema capital. El pasado se convierte en un locus al que volver eternamente. La poesía de Álvarez es una poesía de la celebración de la vida, del deleite de la experiencia, del placer, de la brillantez del pasado, de los momentos vividos. Su evocación es en sí misma el brindis, el agradecimiento que el poeta les ofrece. Hay un retorno a la infancia y a sus experiencias desde el recuerdo, a aquellos lugares que el yo poético considera su hogar. Es la infancia como refugio, como patria perdida a la que uno vuelve una y otra vez. Y esa edad de esplendor habita en la memoria. Pero se mira atrás con pasión, no con tristeza, para brindar por lo vivido. Y aparece también la explotación del principio de la heterogeneidad del ser: yo soy el niño que se deslumbraba con paisajes y grabados; mas no menos / el personaje soñado por aquel niño / y el propio personaje que el personaje ha creado.

En una serie de poemas hay una preferencia por los personajes marginales, una auténtica marginalia de personajes, una galería de personajes estafalarios, que pertenecen a un mundo extinto, el mundo de la memoria. A pesar de su condición de raros, estos personajes son tratados con respeto y amabilidad; a pesar de su marginalidad, hay un brillo de orgullo, de honradez, una manera de vivir dignamente que el poeta admira. Formalmente hay variedad de poemas sin puntuar, a veces muy breves, llenos de imágenes oníricas o surrealistas. Luego está esa imagen recurrente: las hordas de turistas que, como salvajes, se amontonan en los museos y parecen más apreciar las obras por la cantidad de ellas vista que por su calidad. O el tema de la despedida: se contempla lo que fue, con el convencimiento de que ha sido una vida bien vivida, rica en emociones. Es la memoria de lo vivido, pero sobre todo de lo experimentado en cuanto a la lectura. El arte que sobrevive a las ruinas, y que, en cierta forma, es imperecedero, y se impone a aquellos que lo vieron nacer. O también el tema de las noches de hotel: en una vida itinerante como es la del poeta, la habitación de un hotel se convierte en un reducido microcosmos de reflexión, en ese hogar que el poeta rechaza tener. Pero sobre todo, la importancia de la memoria como lugar verdadero. La memoria soporta un peso específico en el retorno a esa edad ideal. Es un recorrido sentimental por los recuerdos del poeta, desde la niñez a la madurez, en el que se entremezclan la memoria de las lecturas, los viajes, las impresiones sobre las obras de arte y algunos autores, las mujeres, el alcohol. Volver sobre sus lecturas, sus experiencias, el tú a tú con sus autores favoritos, hechos todos que conforman su memoria, pero también su ser como poeta. El repaso a estos hitos culturales, esos faros de inteligencia que han guiado la travesía del poeta, son evocaciones con una buena cantidad de autores amados por Álvarez; esos retratos evocadores están poniendo en relación al autor al que se recuerda con el momento de su muerte. En suma, se presenta a la Vida como el gran protagonista y al Arte como el objetivo, el destino final de esa vida. A lo largo del libro se va perfilando un «arte de vivir».

Y el placer. El placer enfatizado en su forma física: el sexo y la belleza femenina serán leitmotifs a lo largo de toda la obra de Álvarez. Es el triunfo de la carne, la sensualidad, la juventud. El placer es una experiencia que borra los límites entre el pasado y el presente, entre la vida y la muerte. La mujer se convierte entonces, por mediación del poeta, en una diosa, en una fuerza de la naturaleza, en un destino irremisible. Esa divinización —deshumanización— de la mujer puede constatarse aún más cuando ese ideal es encarnado por alguna nínfula. Teniendo en cuenta que se ha desprendido lo que hay en ella de humano. Es verdaderamente una idea, un mito. También es una diosa destructora que somete al yo. La mujer, pues, como centro, estímulo, eje y travesía (espacio de lo bello, lo deseado). Porque es el cuerpo femenino lo que estremece, incluso a la muerte, y la voz del poeta que la celebra es poderosa, altiva, arriesgada. Es también la fugacidad de la belleza, encarnada, por lo general, en un cuerpo adolescente. Pasión, arrebató, turbación y belleza.

Hay también una serie de enfrentamientos cara a cara con la muerte a través de diferentes personajes, anónimos o conocidos por el lector. Es la conciencia de la muerte que desde las primeras páginas de Museo de cera impulsa al poeta a gozar del instante de vida

en contacto con otros cuerpos y con otra realidad. En cuanto a la imagen del crepúsculo, tiene dos líneas de interpretación: por una parte, la fascinación que ofrece la belleza del ocaso, muchas veces enmarcada en el lugar donde se contempla, pero por otra, el carácter simbólico de algo que termina, que se repliega sobre sí mismo y desaparece. En este sentido, Venecia se presenta como una metáfora de esa vida aristocrática que se difumina en el tiempo. De la belleza que muere con el poeta, porque ya no hay ojos que puedan contemplarla.

Museo de cera es, ante todo, el museo de Álvarez: entramos en él, y galería tras galería, ala tras ala, somos espectadores de toda una concepción del mundo: el último reducto de la inteligencia, del vivir por y para el Arte. Es el proyecto de toda una vida literaria, un proyecto cerrado y acabado, fructífero. Pero ser fiel a un solo libro implica sobre todo ser fiel a una voz personal. Por eso siempre encontramos esa misma voz. Es lo que el tópico reconocería a la ligera como su excesivo *culturalismo*. El lector que se enfrenta a *Museo de Cera* se encuentra ante un banquete de la inteligencia, ante un producto de la cultura tamizado por la visión de una personalidad peculiar. Su lectura requiere siempre de cierta participación de su mirada. *Museo de cera*, en fin, es una obra en cuya larga andadura apenas cabe apreciar cambios de tono o procedimientos, y sí un ahondamiento en sus rasgos esenciales. Desde luego se inclina hacia un paganismo vitalista al que no es ajeno el ejemplo de Konstantino Kavafis. Fue un libro que deslumbró y desconcertó a partes iguales; no tanto porque los poemas aparecieran envueltos en un intrincado palimpsesto de citas y alusiones culturales, o por la posición de lejanía intemporal, e incluso “antimoderna”, que asumían las voces que interpelaban desde ellos al lector, como por la maestría con la que el autor incorporaba los hallazgos expresivos, e incluso tipográficos, de la tradición vanguardista a una textura discursiva, e incluso coloquial, que todavía no era habitual en la poesía española, y que aunaba desgarró e ironía, calculados e impostados desplantes — según algunos— con atinados juicios de valor, distanciamiento y entusiasmo. Pero, por encima de todo, es una obra que tiene mucho don de belleza verbal, y que reencarna la pasión creadora de su autor, una especie de memoria de vida, un archivo narrado de la experiencia, los poderes mágicos del creador.

IV

DESPUÉS DE CERRAR EL MUSEO (2006 – 2018)

*Tuya es esta noche
blanca del Opio,
tuya esta vida
que levanté contra la Nada.*

De DÍPTICO DE LA LUNA EN VILLA GRACIA

El gran proyecto creativo que supuso *Museo de cera* ha dado paso a una segunda fase, compuesta ya por títulos como *Sobre la delicadeza de gusto y pasión* (2006), *Bebiendo el claro de Luna sobre las ruinas* (2008), *Los oscuros leopardos de la Luna* (2010), *Como la luz de la Luna en un martini* (2013) y *Seek to know no more* (2016).

A pesar de que, según el propio José María Álvarez reconoce, «es difícil desprenderse de un libro como *Museo de cera*. Es más que un libro, más que una etapa», hay después de *Museo*, en sus siguientes libros de poemas, una nueva mirada. Los poemas de esta última

época son más hirientes; es la otra cara inevitable del lúcido himno de Álvarez. Esos últimos libros han creado una voz inconfundible —lo más difícil en cualquier arte— haciendo de la fusión vitalismo-cultura algo absolutamente propio. Pero *Museo de cera* —la ambición y coherencia de su magno empeño— sigue siendo ese opus magnum al que no hay más remedio que referirse para situar cualquiera de las entregas poéticas que han venido después; la creación de un mundo perfectamente reconocible, que sirve de telón de fondo a las andanzas y reflexiones de un personaje también perfectamente definido. La cultura —la «gran» Cultura y sus protagonistas y escenarios, desde la Antigüedad hasta hoy— es el medio natural en el que Álvarez ha querido situar a su personaje poético, y el referente intelectual desde el que juzga el presente. Un presente en el que la creciente uniformización de la sociedad, la perversión de la enseñanza y la desaparición del pensamiento crítico amenazan la continuidad misma de esa cultura en la que viven y respiran los espíritus libres.

A partir de *Sobre la delicadeza de gusto y pasión*, con lenguaje, a la par, coloquial y refinado, Álvarez nos ofrece la autobiografía de un yo poemático, un personaje epicúreo, hedonista y exilado. Vive en París (sin cesar de viajar), por eso una de las partes del libro se titula *Poemas del exilio*. Políticamente incorrecto en función de la libertad individual, celebra a las putas, al alcohol y al tabaco, y no desdena autorretratarse como libertino. Para él el artista es un ser especial, singular. Y, sobre todo, está la recordada obsesión: sólo el arte salva y dignifica. Hay en estos versos un saludable afán de disidencia y derrota.

Al publicar *Museo de cera* en 2002 —dice Francisco Díaz de Castro— José María Álvarez cerraba un magno ciclo poético iniciado en 1960. En 2003 aparecía *Los decorados del olvido*, memorias complementarias a esos cuarenta años de poesía. *Sobre la delicadeza de gusto y pasión* supone abrir otro ciclo en el que el autor se mantiene fiel en lo esencial a la fusión de arte y vida que caracteriza su escritura. Una “vida poética” anticonvencional, la afirmación del Arte y una forma de resistencia afianzada en el hedonismo y en la disidencia. También el diálogo multiforme con sus autores preferidos. La Poesía es, al tiempo, “ese coño donde humedecer los labios” y la única Patria verdadera en la que tienen cabida toda la belleza del mundo, los libros amados, la excelencia de los amigos, la Historia, el Deseo sexual, la irreductible y polémica discrepancia con los supuestos comúnmente aceptados de la vida política. Una escenografía de intensa sensorialidad en la que se combinan los instantes de plenitud en abandono, y una conciencia del acabamiento que no deserta de la celebración de la Belleza. El gran teatro de su obra es fruto de una autenticidad —molesta para muchos, sin duda. Así que si bien la obra poética de José María Álvarez constituía una especie de obra en marcha o libro único publicado bajo el título global de *Museo de cera*, *Sobre la delicadeza de gusto y pasión* representaba también de algún modo la continuación de ese ciclo.

El lenguaje se ha hecho más descarnado y procaz, más sarcástico y mordaz, como consecuencia de un mayor desencanto y de una mayor lucidez. El poeta siente, por lo demás, una profunda aversión por el mundo actual, que considera espantoso y vulgar, y por lo que él mismo ha llamado, en alguna ocasión, el Totalitarismo Democrático. Todo esto explica su gran pesimismo político y social, le ha llevado a convertirse en un disidente, y en un exiliado cuya única patria verdadera es el territorio del Arte, escrito así, con mayúscula enaltecedora, si bien el exilio real del escritor tiene lugar en París. Sin embargo, junto al pesimismo y al desencanto, existe un exaltado vitalismo. Además el poeta dialoga “por encima del tiempo” con Espriu, Neruda, Kavafis y Borges.

Esta admirable libertad de juicio ha provocado rencores, y un desasimiento de la tradición española reciente, eso sí, con una extraordinaria atención y comunión con la literatura universal. Destacan en este nuevo libro los espacios de la sensualidad y la felicidad, las recreaciones de los momentos del placer en la intimidad más escogida, el gozo de la posesión visual y táctil, física y apasionada, el gusto por la contemplación del encuentro. Verso largo y distendido, de buscada naturalidad, con ritmo estructural de diario

o de epistolario, o carta poética, género innovador en el que Álvarez marca límites y fronteras. La muerte sigue presente, llevándose con ella todo lo que no es vida, la cual, sin embargo, es vehementemente proclamada por el poeta frente al destino. Sólo la vida vence al inevitable destino de la muerte.

Se trata de un libro lleno de luz, pero poblado de sombras y de negros presagios, rechazados con rabia intensa, pero finalmente presentes y aceptados con serenidad. Álvarez ha ido depurando, purificando y haciendo más honda su palabra, con la ligereza grave de los grandes maestros.

Dos años después aparece *Bebiendo al claro de luna sobre las ruínas*, un alegato a favor de la memoria, la experiencia de la lectura, los pequeños ritos de la vida, la consideración del presente como un vasto territorio de decadencia, la pulsión del viaje, el culto al pasado grecolatino, la admiración por una estética oriental. Sensaciones recordadas. Utiliza a veces un tono póstumo como si mirase su vida ya no desde la perspectiva de la decadencia sino desde la extrañeza de la otra orilla. Nos subraya el hecho de sentirse un superviviente, alguien marginal en una sociedad zafia, un fin de raza. Por encima de la melancolía emerge siempre la celebración, un sentimiento de inminencia de la belleza, el placer del tacto. Es una poesía que agradece. Y siempre estará ahí la sabiduría, estoica o hedonista, de los clásicos. La idea de la muerte se asocia a momentos de plenitud sensorial, a breves instantes especialmente receptivos en los que la serenidad de la belleza, o la grandiosidad física del mundo, hacen irrelevante el hecho de una desaparición minúscula. Después de su disertativa obra *Sobre la delicadeza de gusto y pasión*, con este libro vuelve la sencillez, la pincelada breve, de una forma intimista, mágica. *Bebiendo al claro de luna sobre las ruínas* nos ofrece la poesía más esencial de su autor, en unos poemas breves capaces de contener cuanto en su trayectoria nos ha ido dando a conocer cumplidamente. Vemos cómo cuatro versos condensan un mundo. Es la capacidad de síntesis para decir de la belleza plena y su disfrute, de lugares amados y libros gozosos; el detenimiento en las cosas naturales, los pájaros, los árboles, una flor, una piedra. El poeta cede un lugar a lo más originario, unas veces recreado desde el recuerdo, otras desde la cercanía, momentos de juventud disfrutada, de desolación y pérdida, la incompreensión de las cosas y del mundo, la incapacidad del ser humano y su limitación para ahondar en los porqués de las cosas naturales y los de la propia existencia. Todo ello supone entrar en la realidad desde un pensamiento reflexivo y de despedida. En ese ir y venir de la desolación a la dicha, el poeta trae del vivir y la memoria las palabras del gozo. Puesto que todo es ruina, la postura del poeta es encontrar en el arte y en el placer una justificación para no morir.

Más adelante, *Los oscuros leopardos de la Luna* es un espléndido canto a la hermosura del mundo (especialmente a su lado más carnal y femenino). Un libro directo y estetizante, decadente y lleno de protesta, lleno de belleza hasta la exquisitez, y lleno de ira y desobediencia contra la ramplonería, la idiocia sin cultura del mundo contemporáneo. El autor presiente el final de una época y se despide de lo que fue bueno y de la libertad individual que ya casi nadie comprende, como un emperador esperando a los bárbaros. Rememora, antes del fin, el esplendor de mil cuerpos deseados u obtenidos en un impresionante elogio de la sexualidad y la promiscuidad. Junto al lenguaje más directo, aparece el refinamiento absoluto. El poeta se sabe final, por ello se destaca aquí la nítida limpieza de su heterodoxia y su rebeldía. Rebelde y alquímico lo llama su amigo Luis Antonio de Villena. Se acentúan decisivamente los tonos sarcásticos, la provocación moral, el refugio imaginativo en la exaltación de los sentidos, de la biblioteca y del erotismo. Hay una especial tensión expresiva y una elevación del tono, así como un incremento de los elementos irracionalistas. Se trata de uno de sus libros de poemas más intensos, violentos, y en el que se da la consagración sin límites del sexo, recordado o deseado, lo provocativo, la disidencia radical que el personaje de Álvarez enfrenta a la realidad contemporánea. Su desafío a la realidad constatable.

En 2013 aparece *Como la luz de la luna en un martini*. Algo hay de postrimerías en este libro —«este libro tiene algo de despedida», sostiene el propio autor—, límpido, exuberante y bello, como si el poeta empezara a despedirse de todo lo que ha amado: cuerpos lujuriosos de mujeres, ciudades de historia y de leyenda y muchos poetas y escritores. Esta poesía querida y buscadamente esteticista, llena de lujos y de pasiones eróticas que no temen, ocasionalmente, un vocabulario coloquial y directo, entraña también mucha protesta, mucha rebeldía contra un presente que el poeta siente mancillado y gris. Hay un mensaje de desconsuelo y rabia serena por todo lo que se está perdiendo. Se trata de un libro que afirma la ruina y el fin en un tiempo de hienas e ignorancia, un libro rebelde vestido de lujo. Álvarez ha depurado más su propio mundo, su radical pesimismo ante el mundo actual y el sentimiento del fin de una cultura, acaso de un modo de vida. Utilizando títulos de nuevo muy largos, que son como pórticos a los poemas, lo que pretende es mostrar cuánto hemos sido, cuánto podríamos ser, pero cómo todo o casi todo se derrumba y pierde. Los poemas aluden (mezclando actualidad e historia) a los poetas o escritores que ama, a las ciudades que han compendiado una civilización y un modo de vida, y también a la sensualidad y al erotismo, parte natural en esta poesía de lo bello que, por eso mismo, sabe usar términos coloquiales y mezclarlo elevado con lo ínfimo. Poesía de infinitas referencias, el libro adopta la apariencia de un tratado de *senectute*, a la vez muestrario de espejismos y ensayo de una despedida. Combina con habilidad los escenarios del deslumbramiento estético y los pormenores del descubrimiento existencial. Suya es la última voluntad de que el arte perdure más allá de la muerte. Con esos títulos largos, la mención de placeres refinados o las alusiones a la rica variedad de culturas distantes, el autor construye su muro contra las vulgaridades que rechaza. Combina con destreza los usos idiomáticos cultos y los giros populares, integrando las formas clásicas en unos ritmos sincopados. En este detalle se le nota la afición al jazz menos previsible. A veces el último vocablo de sus versos es una preposición, un artículo determinado, una conjunción disyuntiva. No se trata de ningún descuido, sino de una elección artística. La erudición del poeta no perjudica a sus versos; no los vuelve plúmbeos. El misterio de lo que describe nunca es transmitido con imágenes confusas. En ese sentido destaca la nitidez de su literatura. Hay en este libro una libertad sensorial y distinta, y además está ese tono de despedida y balance, necesario tributo del poeta a los requerimientos de la edad. Pero todo ello con un repertorio temático y formal que al lector de *Museo de cera* no puede dejar de resultarle familiar. El catálogo de nombres y epígrafes es casi infinito, consustancial a esta manera de decir fundada en la Literatura y en el Arte. Muchas veces esos epígrafes, esos versos, se reproducen en su lengua original, por lo que nos encontramos en medio de una lujosa Babel donde el cosmopolitismo impone su ley. Lo elegíaco, tan natural en él, se mezcla con lo celebratorio para demostrar que, sea el final o no lo sea, cuanto importa —lo que siempre ha importado— es la vida. Un vitalismo que Álvarez representa como pocos: *No / hay / Civilización / sin Belleza*. Hay en el libro un tono conversacional y hasta prosaico, siquiera en apariencia, pero muy efectivo en lo lírico. Con encabalgamientos abruptos. Elegante. Una palabra podría resumirlo todo: intensidad. En el erotismo y el sexo, por ejemplo —tan explícito a veces—, en la rememoración del pasado, en el diálogo con sus maestros, a quienes trata de usted, en la evocación de ciudades. Su ideal clásico sigue estando en Grecia. Como Montaigne, aboga por la Libertad, la Inteligencia y el Ocio. Defiende, con Marguerite de Valois, *los placeres de la sexualidad, / la conversación inteligente / y la lectura de los mejores*. Es la estricta observancia de lo exquisito. Hay, sobre todo, una actitud, un gesto de rebeldía, de sensual avidez; y una reivindicación subversiva: la exigencia de un orden distinto. Coronación del Arte por la Vida, tal es la máxima. Cualquier título de poema (en este como en otros de sus libros), con su extensión desmedida y con sus arrolladoras sugerencias, es ya un poema previo a la sólida escritura poemática que sigue a continuación. Álvarez, en fin, en estas nuevas composiciones anota sus estremecimientos y acepta el ocaso. Acentúa su estoicismo.

En *Seek to know no more* hay un aire rebelde que está mucho más patente, menos velado que en libros anteriores. Se da un giro de tuerca y muestra una parte más “de batalla” y cuenta las cosas de una manera más directa. Se vuelve más irónico, punzante, sincero. Ese tono elegíaco de libros anteriores deja paso a un estilo rebelde, un punto agresivo, que recuerda a sus poemas de juventud, con ataques directos de una gran contundencia incendiaria. Álvarez es hijo de Grecia, del Siglo de las Luces, de Federico II, de las viejas catedrales, de Carlomagno, de la Civilización: hijo de todo aquello que es digno, todo aquello que se están cargando en un período brevísimo sin apenas tiempo de reacción. Y ataca todo eso en sus poemas: ataca la barbarie en la que hemos caído, el hundimiento de la moral y la ética. Es la reacción ante la devastación de la Cultura, ante la destrucción del Arte y la Literatura. Este poeta nos ha enseñado a perder el tiempo, esa maravillosa ociosidad que ahora está tan mal vista, por improductiva. En este libro aparece un Álvarez, por una parte más otoñal y por otra un Álvarez que tiene mucho de lanzador de cuchillos, un Álvarez desafiante, más contundente y palmario, cuando se trata de hablarnos del derrumbe de Occidente. Ese título shakesperiano “No quieras saber más”, hace pensar en un libro de carácter testamentario, de despedida. Esta poesía directa, suntuosa y de desdén hacia el mundo actual, ya empezó en libros como *Sobre la delicadeza de gusto y pasión* o *Los oscuros leopardos de la Luna*. Ahora sigue la senda —más radical en el desdén acaso—, el desprecio por estos días mezquinos en que el mundo cambia para mal y todo es medianía o peor. Es el libro de un viejo decadente y a la par el de un joven culto lleno de indignación ante la chusma y su arrasadora vulgaridad. Coloca citas ajenas en mayúscula, a modo de títulos, que luego no tienen una relación directa con el poema que encabezan, sino que parecen estar puestas al azar. Juega a que lo sigamos hasta el centro de su laberinto personal. Se trata de un libro que rezuma sensualidad y optimismo, un canto a la belleza de los cuerpos ininterrumpido, sobre el que, sin embargo, se cierne la amenazante sombra de la decrepitud y de la muerte, pero en que también están presentes la violencia, la guerra, la destrucción y una visión despiadada del ser humano. A pesar de este descrédito de la condición humana, a pesar de esta resignación tan justificada, José María Álvarez no renuncia a que sus poemas transmitan la sensación de gozo de vivir. *Seek to Know No More*, según su autor, es «un libro decididamente de enfrentamiento contra lo que el mundo actual presenta, que es algo repugnante y terrible; la encarnación de una de las peores dictaduras: el pensamiento recto». Hay una limpieza argumental que deslumbra en su conjunto. Álvarez se ha despojado, ha despojado a la palabra de cargas culturalistas para enfrentarse a los sentimientos desde la absoluta pureza en la forma y en el fondo.

Desde 2002, el poeta ha preferido anunciar sus nuevas entregas poéticas como libros independientes, sin que ello signifique una renuncia a los principios que inspiraron su ciclo emblemático, y que el lector vuelve a encontrar en este *Seek to Know No More*, un diálogo sostenido de igual a igual con los grandes maestros de la cultura universal. Según José Manuel Benítez Ariza, la poesía de José María Álvarez crece en belleza, desesperanza y provocación contra la sandez, y no parecen preocuparle los reconocimientos oficiales. Excesivo, vehemente, pero siempre capaz de transmitir convicción, Álvarez ha sabido convertir lo que fue un mero decorado prestigioso para una moda literaria fugaz en un mundo propio, desgarrado e intenso. Transporta al lector a ese ámbito de belleza y verdad desde el que la poesía interroga y cuestiona a la realidad. No todos los poetas llegan tan lejos.

Que los dioses le sean largamente propicios, magister.

BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL PARA EL PRÓLOGO

- ALCORTA, Carlos. De su blog *Literatura y arte*. 25 de abril de 2016.
- ALCORTA, Carlos. Suplemento cultural *Sutileza* de El Diario Montañés el 8 de septiembre de 2017.
- AREILZA de, José María. *El mundo secreto de la poesía*. Diario ABC, 1984.
- ARGENTE SÁNCHEZ, José Francisco. Del blog *Territorio del chamán*, de. 6 de julio de 2009.
- AYLLÓN, José Leandro. www.labibliotecaimaginaria.es 4 de abril de 2010
- BADÍA, Javier. *Tradición y Modernidad definen la poesía de los años setenta*. Diario ABC (Madrid), sábado 10 de agosto de 1985.
- BAGUÉ QUÍLEZ, Luis. *Babelia*, *El País*, 5 de abril de 2014.
- BARREIRO, Javier. *La Edad De Oro: Un Tiento A La Tradición De Los Apócrifos*. Revista *Poesía en el campus*, nº28. Curso 1993-94.
- BENÍTEZ ARIZA, José Manuel. *El personaje y su fondo*. José María Álvarez, 'Como la luz de la luna en un Martini'. Revista Clarín, junio 2014.
- BENÍTEZ ARIZA, José Manuel. *La Ronda del libro*, suplemento de crítica literaria. 15 de septiembre de 2017.
- BLANCO MARTÍN, Miguel Ángel. Diario Ideal Almería. 2005. *Sobre Shakespeare*.
- BRINES, Francisco. *Salvación en el esplendor*. (Al otro lado del espejo, Ed. Renacimiento, 2010).
- CARNERO, Guillermo. Diario La Razón. *El cultural*. 14 de marzo de 1999. *Sobre La lágrima de Ahab*.
- CHAMORRO, Eduardo. *Una vocación de póstumo*. Cambio 16, 11 de junio de 1978.
- CRUZ ROMERO, Antonio. Del blog 'Sobre filias y fobias literarias', 31 de julio de 2015.
- DELGADO, Santiago. *Monólogo sobre el tiempo la poesía y la muerte*. Revista Monteagudo, 1985. *Sobre Tosigo ardento*, Begar Ediciones, Málaga 1985.
- DÍAZ DE CASTRO, Francisco. *La Poesía Última de José María Álvarez (Vidas pensadas. Poetas en el Fin de Siglo*. Ed. Renacimiento, 2002)
- DÍAZ DE CASTRO, Francisco. *Sobre la Delicadeza de Gusto y Pasión*. *El Cultural*, diario El Mundo. Abril-mayo 2006.
- DÍAZ DE CASTRO, Francisco. *Los oscuros leopardos de la luna*. *El Cultural* del diario El Mundo, 25 de marzo de 2011.
- DIEZ DE REVENGA, Francisco Javier. *Sorpresas y Poesía: en torno a "Museo De Cera" como obra poética*. 1999. Revista Murgetana, Nº 99.
- DIEZ DE REVENGA, Francisco Javier. *Permanencia de los Novísimos*. Universidad de Murcia. Revista Monteagudo, Nº 13, 2008.
- DIEZ DE REVENGA, Francisco Javier. Diario La Opinión, 11 de octubre de 2014.
- DOMÍNGUEZ, Santos. Revista *Encuentros de Lecturas*, 25/03/11. *Sobre Los oscuros leopardos de la Luna*, ed. Renacimiento (2010).
- ENRIQUE, Antonio. *Razón y profecía de Tosigo Ardento*. *Cuadernos del mediodía*, Diario de Granada, 25 de octubre de 1985.
- FLORES, Miguel Ángel. Diario ABC, Crítica y noticias de libros, 10 de febrero de 1977. *Sobre Desolada grandeza*, ed. Sedmay 1976.
- GARCÍA, Dionisia. Revista El Ciervo. Diciembre 2009. *Sobre Bebiendo al claro de Luna sobre las ruinas*, ed. Renacimiento (2008).
- GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor (de la Real Academia Española). ABC literario, 16 de diciembre de 1994. *Sobre El Botín del Mundo*, ed. Renacimiento, 1994.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, Eugenio. *El mismo libro*. Revista Clarín, 21 de marzo de 2009. *Sobre Bebiendo al claro de luna sobre las ruinas*, ed. Renacimiento, 2008.
- GARCÍA JAMBRINA, Luis. *Exiliado en el arte*. ABCD Las Artes y Las Letras, junio 2006. *Sobre Sobre la delicadeza de gusto y pasión*.
- GARCÍA MARTÍN, José Luis. Introducción a la antología *Las voces y los ecos* (ed. Júcar, diciembre de 1980)
- GARCÍA MARTÍN, José Luis. TREINTA AÑOS DE POESÍA ESPAÑOLA. Ed. Renacimiento 1996.
- GARCÍA MARTÍN, José Luis. Blog *Crisis de papel*. 2 de septiembre de 2017.
- GARRIGA VELA, José A. *Casa de citas*. Diario SUR.es. 5 de octubre de 2007.
- GIMÉNEZ GRACIA, Francisco. Diario La Opinión, 6 de septiembre de 2014.
- IGLESIAS SERNA, Amalia. *El Cultural*, del diario ABC. 21 de mayo de 2005.
- ILLÁN CONESA, Noelia. Revista La Galla Ciencia. 10 de febrero de 2016.
- IRAZOKI, Francisco Javier. *El Cultural* del diario El Mundo. 2 de mayo de 2014.
- IRAZOKI, Francisco Javier. *El Cultural* de El Mundo. 19 de junio de 2015. *Sobre El oro de los tigres*.
- JIMÉNEZ, Mauro (Colegio Santo Tomás de Villanueva. Valencia). *Un Vivencial Culturalismo. En Torno a la Evolución Poética de José María Álvarez*. Revista Electrónica de Estudios Filológicos. Diciembre de 2007.
- JIMÉNEZ MILLÁN, Antonio. *Poesía Hispánica Peninsular (1980-2005)*. Sevilla. Renacimiento, 2006
- LINARES, Abelardo. *Sobre Los oscuros leopardos de la luna*, ed. Renacimiento, 2010.
- LORENZO CANDEL, Javier. *José María Álvarez, ser maldito y resistir*. (Cafetería del hotel La Muralla, Murcia, 7 de octubre de 1998).
- LORENZO CANDEL, Javier. Revista La Galla Ciencia. 4 de junio de 2017.
- LÓPEZ-VEGA, Martín. *Ensayo sobre la Civilización*. 5 de enero de 2009.
- LOZANO FELICES, Juan. *Cartografía poética de Cavafis en España*. Revista La Galla Ciencia. 10 de Noviembre 2015.
- LOZANO FELICES, Juan. *De regreso a Ítaca. Reflexiones acerca de Seek to know no more, de José María Álvarez*. 15 de febrero de 2016. Revista La Galla Ciencia.
- LUCAS, Antonio. Diario El Mundo, Cultura, 21 de febrero de 1999. *Sobre La lágrima de Ahab*. Ed. Visor, 1999.

LUDVISON, Susan (Department of English and Drama, Winthrop College, Rock Hill, South Carolina, EE.UU), *José María Álvarez y el público americano* (Ensayo inserto en *Al otro lado del espejo*, ed. Universidad de Murcia, 2001).

MAGANO, Javier. 9 de octubre de 2014. De la web *La cueva del erizo*.

MARTÍNEZ RUIZ, Florencio. ABC (Madrid) – 17 de septiembre de 1988. Sobre *El escudo de Aquiles*.

MIRANDA TERRER, Francisco. Revista de poesía digital *La Galla Ciencia*. 31 de mayo de 2014.

MUÑOZ ROBLADANO, Alvaro. www.ariadna-rc.com/numero50/critica. Invierno 2011

OLIVER MARROIG, Josep. Del blog *Cisne negro*. Junio 2004.

OLIVER MARROIG, Josep. Estudio inédito sobre la obra poética de José María Álvarez. Universitat de les Illes Balears, Departamento de Filología Española, (Diciembre de 2004).

OLIVER MARROIG, Josep. De la web papelblanco.com 5 de mayo de 2015.

ORMAECHE, Mikel. Revista *La Galla Ciencia*. 5 de octubre de 2014. Sobre *Como la luz de la Luna en un martini*.

PALOMERO, Mari Pepa. *Poetas de los 70. Antología de poesía española contemporánea*. Ed. Hiperión. 1987.

PEREDA, Rosa María. *Joven poesía española*. Ed. Cátedra, 1982.

PÉREZ AZAÚSTRE, Joaquín. Revista de poesía digital *La Galla Ciencia*. 31 de mayo de 2014.

PÉREZ OLIVARES, José. *El Hacha y la Rosa (Tres décadas de poesía española)*. Ed. Renacimiento, 2000.

PLAZA, J.M.. *Una selva es una selva*. Diario 16, 29 de julio de 1984.

PORTILLA, Jorge Gustavo. Del prólogo a la antología poética *Los prodigios de la cera*. Caracas, marzo 2008.

PRIETO DE PAULA, Ángel L. *Poetas del 68... Después de 1975..* Universidad de Alicante. Abril de 2002.

QUIÑONERO, Juan Pedro. Del blog *Una temporada en el infierno*. 17 de enero de 2009. Sobre *Bebiendo al claro de luna sobre las ruinas*, ed. Renacimiento, 2008.

QUIÑONERO, Juan Pedro. Del blog *Una temporada en el infierno*. 'La crisis, vista por José María Álvarez' 19 de febrero de 2011.

RODRÍGUEZ, Daniel J. Revista *La Galla Ciencia*. 29 de mayo de 2017.

SÁEZ FERNÁNDEZ, José Antonio. *Maestro y discípulo: conversaciones entre Alfredo Rodríguez y José María Álvarez*.

SÁNCHEZ, Encarnación, catedrática de Literatura Española en la Facoltà di Lettere e Filosofia de la Università degli Studi di Napoli "L'Orientale". Biblioteca Rafael Alberti. Instituto Cervantes en Nápoles. 24 de octubre de 2006.

SÁNCHEZ OSTIZ, Miguel. Fragmento del libro *Literatura, amigo Thompson*, Ed. Moreno-Ávila, Madrid 1989.

SÁNCHEZ OSTIZ, Miguel. *La casa del rojo, Diarios 1995-1998*. Ed. Península, 2001.

SANTANO, José Antonio. Revista *La Galla Ciencia*. 2 de mayo de 2015.

SEOANE, Xavier. *Culturalismo y barroco en «Museo de cera»*. QUERVO, Cuadernos de Cultura, Monografía núm. 6 de mayo de 1984.

SERRANO, Daniel. *El último novísimo*. diarioabierto.es 15 de marzo de 2014.

TENDERO, Arturo. Publicado en Diario *La Tribuna*. De su blog *El mundanal ruido*. 11 de abril de 2016.

VALVERDE, Álvaro. *Ensayo de una despedida*. Del blog de Álvaro Valverde. 13 de junio de 2014.

VALVERDE VILLENA, Diego. De *Cuando Stonewall Jackson conoció al General Lee: Una Semblanza de José María Álvarez*. Presentación al libro *Los prodigios de la cera*, 2008.

VERA NICOLÁS, Pascual. *Murcia, tierra de escritores*. Asamblea Regional de Murcia, 1999.

VILLENA de, Luis Antonio. *Llamas, remansos y pasiones*. Un repaso a los libros de poemas más significativos publicados este año. *El Mundo*, 17 de diciembre de 1994.

VILLENA de, Luis Antonio, diario *El Mundo*, 21 de diciembre de 1996. Sobre *La serpiente de bronce* (ed. Pre-textos, 1996)

VILLENA de, Luis Antonio. *Voluptuosidad y Cultura*. Babelia, diario *El País*. 11 de marzo de 2006. Sobre *Sobre la delicadeza de gusto y pasión*.

VILLENA de, Luis Antonio. *José María Álvarez, entrañable y quimérico*, semblanza extraída del libro *Nuevas semblanzas y generaciones*. Ed. Pre-textos, 2010.

VILLENA de, Luis Antonio. *Contra la corrección política*. *Decadencias*, diario *El Mundo*. Miércoles, 22 de diciembre de 2010. Sobre *Los oscuros leopardos de la luna*.

VILLENA de, Luis Antonio. *Álvarez: furia, pasión y lujo*. *Decadencias*. *El Mundo*, 5 de Febrero de 2014. Sobre *Como la luz de la Luna en un martini*, ed. Renacimiento

VILLENA de, Luis Antonio. *Rebeldía y lujo*. Suplemento Cultural de *El Norte de Castilla*, 22 de febrero de 2014.

VILLENA de, Luis Antonio. *Mares de decadencia*. 'Decadencias', *El Mundo*, 24 de febrero de 2016.

VILLENA de, Luis Antonio. Artículo publicado en su web. 18 de agosto de 2017.

YAGÜE LÓPEZ, Pilar. *La poesía en los setenta, Los novísimos, referencia de una época* (Universidad de A Coruña, 1997).

ZIMMERMANN, Marie-Claire (Professeur à l'Université de Paris-Sorbonne) *La noche incandescente de José María Álvarez*. Prólogo a la edición francesa de *La Serpiente de Bronce (La serpent d'airain)*, ed. L'Harmattan, 1997)

OTRAS FUENTES CONSULTADAS

Blog *La mirada ausente*. 21 de julio de 2014.

Diario "El Día de Valladolid Digital". 5 de mayo de 2009.

Diario *La Verdad*, de Murcia. 4 de julio de 2008. *Versos de lujo con José María Álvarez*.

Gabinete de Comunicación. UCLM Albacete. Facultad de Humanidades. 29 de octubre de 2003.

Web *CaoCultura*. 8 de octubre de 2015.

Web *CaoCultura*. 9 de junio de 2016.

Web *dejaboo.net*. Red social de cultura. Febrero 2000.

Web de la librería *Pynchon&Co*. Alicante, 30 de abril de 2016.